

pues, experimentales para Maine de Biran y tienen su tipo en lo interior de nuestro sér. El *yo* es *abstrahens* y no *abstractus*, y las categorías son las diferentes formas de esta abstraccion primitiva.

La tesis de Fichte es análoga. En las precedentes lecciones hemos visto cuáles es el objeto que se propone en la *doctrina de la ciencia*, que consiste en hacer el génesis de las categorías. Fichte acepta todos los resultados de la *crítica* de Kant, pero estas categorías del conocimiento que Kant acepta como todos los hechos ¿de dónde proceden? Fichte se propone explicar, cómo las intuiciones de tiempo, de espacio, cómo los conceptos de sustancia, de causa, de unidad, etc., han podido producirse, y los saca todos de la actividad absoluta del *yo* que se establece por sí mismo.

Se ve, pues, que con una analogía esencial entre ambos filósofos, hay siempre la diferencia de la metafísica y de la experiencia. En este punto pueden aún relacionarse la psicología de Fichte y de Maine de Biran.

La psicología de Maine de Biran sigue el método de Condillac. Encuéntrase en ella un génesis análogo al del *Tratado de las sensaciones*, pero con la noción importantísima de un *yo* activo. Biran difiere también de la escuela escocesa, que se limita á describir los fenómenos para acercarse á la psicología inglesa contemporánea, que hace un trabajo genético, que procura trazar la embriología de las facultades y de los estados de la conciencia. Para él el *yo* de la psicología es el *yo* relativo, experimental, tal como se advierte á sí mismo en la conciencia. Pero este *yo* no llega á la plena conciencia de sí mismo sino después de haber atravesado cuatro momentos, que Maine de Biran caracteriza con los términos de *afeccion*, *sensacion*, *percepcion* y *reflexion*. El sistema afectivo comprende esos modos simples del placer y de dolor que constituyen una vida animal fuera de toda participacion del *yo*. Desde que el esfuerzo está en ejercicio, el *yo* siente las modificaciones de la sensibilidad, pero sin identificarse con ellas; este es el sistema sensitivo. El sistema perceptivo lo caracteriza la atencion. La percepcion es una sensacion con su parte expresa de la actividad y de esfuerzo. Finalmente, en el sistema reflexivo el *yo* se reconoce como causa productora, y ve el efecto, el resultado sensible de su esfuerzo.

Recordemos ahora en algunas frases la psicología de Fichte. Es una deduccion *à priori*, una construccion del espíritu humano, una psicología trascendental que puede compararse con la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Parte de la

idea de un *yo* detenido en su desarrollo. Esta primera detencion es lo que se llama la *sensacion*. La sensacion es, por tanto, una limitacion del *yo*; la *percepcion* es la reflexion sobre este límite y conduce á crear un objeto. Producido así el objeto puede reflexionar libremente sobre él, y esto es la *imaginacion*. La reflexion sobre la imaginacion es el *entendimiento*, es decir, la facultad de tener ideas; la reflexion sobre el entendimiento es el *juicio*; la reflexion sobre el juicio es la *razon*, es decir, la facultad de razonar. Segun se ve, todo se explica en esta embriología *à priori* del espíritu humano, por la reflexion y sus grados, y como todo parte del *yo* se reconocerá que aquí entre Biran y Fichte la comparacion es natural.

La misma indiferencia existe siempre, sin embargo, entre ambos filósofos. El uno funda su psicología en los hechos, y por grande que sea la parte concedida á la actividad del *yo* se acuerda siempre de Condillac. El otro deduce su psicología de un principio metafísico, y pretende desarrollarlo sin pedir nada á la experiencia; no dejan por ello de ser talentos análogos, habiendo tratado la cuestion el uno á la manera del genio frances, y el otro á la del genio alemán; y ambos ocuparán en la filosofía un puesto importante por haber introducido en ella la noción fundamental del *yo*, que no puede borrarse sin destruir la personalidad y la libertad.

PAUL JANET,
Miembro del Instituto de Francia.

MELODIA.

De Dinorah tocabas
La overtura, que asombra y electriza,
Y yo escuchaba, al pié de tus balcones,
Aquel raudal de notas peregrinas.
Tus manos de azucena
Rápidas el teclado recorrian,
Y no sé qué sopor turbó mi mente,
Y no sé qué tiniebla hirió mi vista.
De pronto tus balcones,
Tu casa, el cielo, do su luz tranquila
Ostentaba la reina de la noche,
Esmaltando nevadas nubecillas,
La oscura calle, todo
Cuanto momentos antes yo veia,
Despareció, cual hielo que el sol besa
O ligero vapor que se disipa.

Halléme rodeado
De máscaras alegres y expansivas
Que, junto á mí apiñadas, me abrumaban
Con ruidosa incesante gritería.

Una, triste, muy triste,
 Más triste que las secas siemprevivas,
 Que sobre el mármol de sepulcro helado
 El dolor y el cariño depositan;
 Una, cuya tristeza
 En aquella mansion de la alegría,
 Acaso, más que absurda, era un insulto
 Y, más que insulto, acaso oscuro enigma;
 Cogiéndose á mi brazo
 Y arrastrándose en pos cual leve arista,
 Con voz sin eco, que rasgó mi alma,
 Así me dijo, á mi martirio esquivando:
 —«Una mujer; un ángel
 Con formas de mujer, fué de mi vida
 Lo que al ave es el aire, al pez el piélago
 Y á las plantas la tierra en que germinan.
 La amaba... la adoraba...
 La idolatraba: su mirada limpia
 Sembró en mi corazón mil y mil veces
 Esperanzas, suspiros y caricias.
 Al verla, en su semblante
 El de la Virgen Santa yo veía,
 Y, al pie de los altares, en la Virgen
 Ver su cara soñaba con delicia.
 Cuando, como las aguas
 Que gota á gota sin cesar se filtran
 De breñosa caverna por las grietas,
 Convirtiéndose en dura estalactita,
 Ella logró infiltrarse
 En mi sér, invadiendo fibra á fibra
 Mi amante corazón y mi cerebro,
 Tornóse estatua inanimada y fría.
 Sentí mortal angustia;
 Empañó inútil llanto mis pupilas;
 Deliré, blasfemé... ¡Todo el infierno
 Puso ante mí su inmensidad sombría!
 Más tarde... mis ideas
 Mostraron germen de ponzoña activa;
 Más tarde... de los celos, siempre infames,
 Sentí en el alma la insaciable vibora;
 Más tarde... la venganza
 Me señaló un suplicio y una víctima,
 Y más tarde, por fin, voraz el rayo
 Brotó de la tormenta que rugía.

¿Cómo fué?...—Como siempre.
 Una escala, una noche y la codicia
 De sirviente venal, son proyectiles
 Que muros de diamante pulverizan.
 Entré en su dormitorio
 Como el ladrón, que avanza y que vacila:
 Allí todo exhalaba cierto aroma
 De candor, de pureza y poesía.
 Llegué á su casto lecho
 Y, cual mano de réprobo sacrilega,
 Mi mano, profanando aquel sagrario,

Las colgaduras separó.—Dormía.
 La suelta cabellera,
 En indecibles atractivos rica,
 Era encaje de seda deshilada
 Que á sus desnudos hombros descendía.
 Al cisne y al armiño
 Su frente virginal causara envidia,
 Y á las pálidas rosas del otoño
 El suave carmin de sus mejillas.
 El seno, mal cubierto
 Por riquísimos lienzos de batista,
 Se levantaba como mar tranquilo
 Que mansamente su cristal agita.
 Agolpóse á mis ojos,
 Para verla mejor, toda mi vida,
 Y entónces comprendí que el sér humano
 Puede ser de su Dios imagen viva.
 Bendije la rudeza
 Conque, después de avasallarme, huía:
 El inmenso placer de perdonarla
 Me pagaba con creces su perfidia.
 Avergonzado y mudo
 Ya de aquel nido de paloma tímida
 Alejarme pensé, cuando en su boca
 Se dibujó de amor una sonrisa.
 —¿Sueña con otro? dije,
 La naciente piedad trocada en ira;
 —¡Sueña con otro! contestó en mi mente
 No sé qué voz sarcástica y maldita.
 Después... con la mirada
 En besos inundé su faz divina;
 Después... no sé si orando ó blasfemando,
 Fui tigre que al matar se regocija;
 Después... su dulce boca
 Contrajo el extor de la agonía,
 Y después... enterraron á una muerta
 Y algún tiempo se habló de un homicida.»

Al llegar á este punto
 Lanzó una carcajada convulsiva
 Mi extraño acompañante, y de su rostro
 Arrancó el antifaz diciendo:—Mira.
 Miré.—¡Nunca lo hiciera!
 Sentí toda la angustia de la asfixia
 Y erizóse de espanto mi cabello.
 ¡La cara de aquel hombre era la mía!
 Huyeron las ficciones
 A impulso de tan fuerte sacudida:
 De Dinorah otra vez hirió mi oído
 Un torrente de notas peregrinas,
 Y creo que empezabas
 Aquel pasaje en que la pobre niña,
 La pobre loca, se dirige al puente
 Cantando alegre en pos de su cabrita.

PEDRO MARÍA BARRERA.